

te considerado “maestro de Cervantes”, y a quien el eximio ingenio menospreció con el olvido. El autor dedica las páginas de su obra a cuatro de sus hermanos, los doctores Manuel, Carlos, Jaime y Antonio, catedráticos de Universidad, “profesores y maestros de una vocación humanística heredada” del padre de todos ellos, don Manuel Alvar, desaparecido en 2001. Qué mejor expresión de esta reconocida tradición académica familiar que un libro que refleja

como pocos la relevancia del estudio y la enseñanza, a la que Alfredo Alvar Ezquerro dedicó –para satisfacción de quienes primero fuimos sus alumnos y ahora somos sus colegas– veintidós largos años como profesor asociado del Departamento de Historia Moderna de la Universidad Complutense de Madrid, desde donde se escriben estas líneas.

Santiago MARTÍNEZ HERNÁNDEZ  
Universidad Complutense de Madrid

CALVO MATURANA, Antonio, *Cuando manden los que obedecen. La clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*, Madrid, Marcial Pons, 2013, 316 págs., ISBN: 978-84-9282-0856.

En la anotación de su diario del 20 de marzo de 1795 escribió Jovellanos la frase: “Cuando manden los que obedecen”. Antonio Calvo la ha tomado para dar título a su libro. La interpreta, acertadamente, así: cuando las instituciones creadas por el rey para ilustrar al país den sus frutos, la Monarquía española progresará. El optimismo mostrado en esta ocasión por Jovellanos y el objeto al que alude (progreso, modernización) impregnan el libro que comentamos.

Fundado en los ya abundantes y excelentes trabajos sobre el siglo XVIII aparecidos en las últimas décadas y en un extenso conocimiento de los textos de la época, Antonio Calvo estudia la identidad cultural y política de la élite dirigente del absolutismo ilustrado, constituida –de acuerdo con la propuesta del autor– por individuos elegidos por la Monarquía para fortalecer la administración estatal y, en consecuencia, incrementar el poder del rey. Son personas con formación universitaria o de procedencia militar, abiertas a la nueva ciencia económica, nacidas en provincias en el seno de familias acomodadas. Con el tiempo, este grupo dedicado con pleno convencimiento

al servicio del rey se incrementa y sus componentes muestran creciente preocupación por dignificar y profesionalizar su función. Su actividad (legislación, decisiones administrativas, publicación de escritos de todo tipo, etc.), constituye el inicio de la modernización del Estado, lo cual, como es lógico, limó las bases del Antiguo Régimen y preparó el camino al liberalismo. A finales del XVIII, la nueva élite había desarrollado una red clientelar propia, dando lugar a una clase política cada vez más sólida que empezó a serlo del Estado, más que del rey. Los magistrados de 1800 –opina Calvo, y con esta reflexión abre interesantes perspectivas para una nueva interpretación de la historia política del periodo– “empiezan a considerar al monarca como un actor más del juego político” (p. 209).

El libro objeto de este comentario pretende demostrar que el Estado liberal no surgió de la nada y que “en la España de Carlos IV hay unos visos de modernidad que no siempre se tienen en cuenta” (p. 22). Antonio Calvo no cae en la tentación –lo declara expresamente– de ofrecer una

imagen edulcorada de la élite burocrática de los últimos Borbones del XVIII, pero manifiesta notable interés por deshacer habituales prejuicios sobre el tiempo de Carlos IV, con lo cual da un giro apreciable a la valoración de este reinado y de las personas más comprometidas en él. En la línea de Max Weber, a quien tiene muy presente, Antonio Calvo traza un panorama de la cultura de esa élite que hizo de “la razón de Estado” el motivo determinante en última instancia de su acción. Esto constituye, a mi entender, el núcleo del libro, que por distintas razones podemos considerar una aportación novedosa y de primer orden al conocimiento del tránsito del siglo XVIII al XIX.

En algo más de 300 páginas perfila el autor los rasgos de la mencionada élite. Sus integrantes se consideraron una especie de casta –naturalmente, excluyente– en la que entraron quienes gozaron de la gracia del rey y que poco a poco fueron adquiriendo conciencia de su propia identidad. Estuvo constituido este grupo por individuos fieles al monarca, con un acusado sentido del deber de servir a la nación, así como de su idoneidad (“mérito”) para desempeñar su función, y en tanto que partícipes destacados en las reformas, se vieron a sí mismos como promotores de la modernización del país. Su actuación tuvo como finalidad el incremento del poder del rey, por considerarlo el único medio de poner en práctica las reformas, proteger a los que las deseaban, permitirles libertad para ejecutarlas y evitar las injerencias de la aristocracia y de la Iglesia. Volviendo a Max Weber, el individuo integrante de este grupo vendría a estar próximo, en definitiva, al prototipo del *homo politicus* moderno, orgulloso de pertenecer al aparato burocrático del Estado y de participar activamente en sus tareas.

A partir de un aparato documental muy considerable, Antonio Calvo argumenta de forma convincente los rasgos característicos de esa élite, casi siempre fundado en las opiniones de algunos de sus compo-

nentes más relevantes. Por las páginas del libro desfilan los escritores que ponen su arte al servicio del rey (los que se podrían considerar, dice Calvo con intencionado anacronismo, “intelectuales orgánicos”, a quienes sus escritos les procuraron ascensos en la administración y les abrieron las puertas a la consideración social). Entre ellos incluye a individuos que luego desempeñarán un cometido muy relevante durante el primer liberalismo. Pero la atención preferente del autor se focaliza en algunos de los que fundamentalmente actuaron en el reinado de Carlos IV, tanto los muy conocidos, como Moratín, Meléndez, Foronda o Forner, como otros que lo son menos, cual es el caso de José López Oliver y su hijo Antonio. Aparte de ello, Antonio Calvo presta atención a un tipo de textos poco trabajados por los estudiosos, surgidos por iniciativa de la Monarquía. Son escritos destinados a ilustrar a los empleados públicos con el fin de mejorar la administración, tales como *El corregidor perfecto* de Lorenzo Guardiola Sáez (1785), la *Instrucción* para corregidores de Carlos III (1788), las *Cartas sobre la policía* de Foronda (1801), el *Prontuario* destinado a los empleados en la administración compuesto por Francisco Gallardo Fernández (1806) y algunas piezas del teatro neoclásico. Su análisis demuestra que la Monarquía emprendió una línea política muy clara para fortalecerse.

En los textos aludidos se habla de patriotismo (el amor a la patria aplicado al servicio de la sociedad), del “ciudadano” útil a la patria premiado por su virtud (a propósito del uso que en este estudio se hace del concepto de “ciudadanía” conviene ver, para evitar equívocos, el oportuno párrafo con el que se cierra el volumen), del “bien público”..., mientras quedan relegadas a un segundo término –señala Antonio Calvo– las alusiones a “Dios” y a la “obediencia cristiana”, así como el empleo del término “súbdito” (p. 96). En consecuencia, se va perfilando una nueva cultura, de la que –he aquí una de las novedades

apreciables de este libro— no están exentas las mujeres, “ciudadanas” como los hombres, siempre que se ajusten al patrón estipulado, esto es, que además de madres y esposas, cumplan las obligaciones patrióticas. “En muchos aspectos —anota Calvo— las mujeres acomodadas del 1800 disfrutaron de una mayor libertad de movimientos que las del siglo que estaba por venir. El liberalismo burgués decimonónico fue un paso atrás para la presencia femenina en el espacio público” (pp. 145-146).

A partir de los presupuestos apuntados, se perfila un nuevo tipo de nobleza, que ya no es la improductiva, sino la nobleza de mérito, y un nuevo modelo de héroe dotado de un carácter civil (nueva aportación relevante de este trabajo). Las letras y los méritos adquiridos en el servicio en la administración —ya no solo en el militar o en el religioso— pueden abrir las puertas a la inmortalidad. Se tributan homenajes a los grandes personajes por su conducta ejemplar y comienza a crearse una memoria cívica, como se percibe en los elogios póstumos de diferentes personas publicados a finales del siglo XVIII, en los que Antonio Calvo detecta un trasfondo civil y laico: se ensalza ante todo la buena educación, el trabajo por los demás, la lucha contra la ignorancia y la superstición de los enemigos de las reformas... Detrás de esto, obviamente, está el ensalzamiento de la Corona, de sus ministros y de sus proyectos reformistas. Corroboran este extremo los elogios póstumos de Carlos III y los que la Sociedad Matritense dedicó a Carlos IV.

En ellos, así como en el arte, la historia y el teatro, se encomia al “rey patriota” y ciudadano, el padre de la patria amable y pacífico, garante de la pública felicidad, considerado el principal lazo de unión con la tradición.

El lector hallará en este libro sólidos argumentos para constatar que carece de sentido mantener en la actualidad esa vieja interpretación del reinado de Carlos IV como un tiempo de desorden y de corrupción, en suma, un apéndice decadente del reinado de Carlos III. Al abordar el sistema de reclutamiento de la nueva élite el autor matiza, por supuesto, el valor de la experiencia y el “mérito”, los cuales solo sirven sin van acompañados del favor real, y subraya la pervivencia del clientelismo, pues si bien fue cada vez más criticado, siguió siendo el modelo de reclutamiento del personal destinado a la administración. Pero es evidente el fortalecimiento de una nueva clase política que contribuyó a la modernización de la Monarquía. A partir de aquí cabe ofrecer una nueva explicación —como propone con gran acierto Antonio Calvo— de los cambios de gobierno producidos durante este reinado.

Un libro, en suma, construido muy sólidamente que abre nuevas perspectivas interpretativas y que complementa otro excelente e innovador trabajo del autor: *“Aquel que manda las conciencias...” Iglesia y adoctrinamiento político en la Monarquía Hispánica preconstitucional (1780-1808)*, Cádiz, 2011.

Emilio LA PARRA LÓPEZ  
Universidad de Alicante